

la mesa. Esto me ha llevado a creer que la insistencia de Díaz y su camarilla en difundir una imagen positiva de sus mandatos sucesivos estaba más dirigida a una disuasión ideológica respecto a cualquier medida negativa que a un culto megalomaniaco de su personalidad. De ahí he tomado en consideración que junto a los temores fundamentados en la mutilación y el anexionismo exhibidos epilépticamente por la prensa y algunas figurillas de la política, está la preocupación por la seguridad y perpetuación de un gobierno. El cuidado de no interponerse a los planes de algún grupo de poder con respecto a Cuba, podía obedecer más a la prevalencia del grupo gobernante que a un cálculo de interés nacional auténtico. En cierto modo, creo que este aspecto arroja su poquito de luz dentro de la contradictoriedad de la política exterior de México en esa coyuntura. Aspecto que encaja muy bien con el nacionalismo retórico y con la influencia española en la maquinaria económico-política del porfiriato. Incidencia que ha tomado más fuerza en tiempos recientes, en la explicación de la conducta filohispana observada por la diplomacia mexicana durante el conflicto cubano-español, aunque aún penden en torno a ella problemas de notable interés analítico. Clara E. Lida ha demostrado que los españoles radicados en México, a pesar de la pequeñez relativa en el universo demográfico, entre el 0,1 y 0,3 por ciento del total poblacional mexicano, disfrutaban de un peso cualitativo de significación por su presencia en sectores claves de la economía. Los empresarios hispanos eran fuertes en la industria textil, en los grandes tráficos mercantiles y en el ámbito bancario. ¿Por qué no decir también en la política?

Lo relacionado con el proyecto anexionista de *Cuba mexicana* huele raro si analizamos la multiplicidad de elementos disímiles en su alrededor. Su autor posible, Carlos Américo Lera, cubano de origen, mexicano naturalizado, funcionario diplomático de confianza, cercanísimo a Ignacio Mariscal y también su biógrafo. Ambigüedades en el secretario ante los alegatos inconformes del cónsul en La Habana, supuesta vinculación oficial, aceptación burocrática de la «línea» por el cónsul en La Habana Andrés Clemente Vázquez. Naturaleza geopolítica del proyecto unionista. Defensa paradójica de un periódico liberal al cual suprimen las subvenciones gubernamentales, *La Patria*, de Ireneo Paz, antiguo tuxtepeco y de *El Nacional*, órgano conservador en el goce de las subvenciones oficiales. Adhesión de la prensa angloamericana editada en México: *The Two Republics*, y *The Mexican Herald*. Vinculación de cubanos separatista-anexionistas y antiyanquis. Todo este mejunje nos llena de interrogantes, no ante la fundamentación antiexpansionista que es a todas luces bastante bien argumentada y fundada, sino en los propósitos que dicha campaña desem-

peña en el juego ideológico y político-diplomático. Y es en ese sentido que huele más a finta exploratoria que a un planteamiento opcional en funciones de sondeo.

A mi juicio, en la determinación de la pasividad de la diplomacia mexicana respecto a la revolución cubana hay que buscar comprensión en la doble naturaleza del movimiento organizado por Martí. A Díaz se le dijo por lo claro el carácter antiimperialista que tendría el surgimiento de la república cubana. Por supuesto, esa función de auténtico dique a la expansión de Estados Unidos sólo la podía proporcionar un régimen sociopolítico popular. La oligarquía azucarera y tacabalera no comportaba más que subordinación al mercado estadounidense y lógicamente subordinación política (sin tomar en consideración el inescrupuloso anexionismo potencial de empresarios cubanos y españoles). Por lo tanto, el contenido social de la república cubana en perspectiva, «con todos y para el bien de todos», armada de un ideario fluctuante entre un liberalismo de avanzada, en algunos jefes, jacobino, e ideales socializantes incipientes del núcleo obrero dinamizador, más las pretensiones de igualdad racial del principal soporte humano del ejército libertador, no deben haber sido del agrado de las oligarquías latinoamericanas. Oligarquías, que como la de México, estaban en gradual proceso de conservadurismo, de aristocratización y reaccionarismo procatólico, como parte del proceso de disciplinamiento modernizador. Si a todo ello se une la convulsión en sí, vista con horror por los prohombres, del modelo de estabilidad de América Latina, no es de sorprendernos que las simpatías por la revolución cubana estuviesen en las esferas populares de la sociedad civil. Simpatías amenguadas, coaccionadas, por las políticas de disuasión y desinformación instrumentadas desde los altos niveles del poder, quienes nutridos del miedo a las reclamaciones de los trabajadores, conforman un clima de hostilidad y desconfianza hacia el nuevo sujeto social en escena. El motejo de anarquismo adicionaba sazón a los prejuicios que generaban los usos guerrilleros, el sabotaje a vías férreas y la destrucción de propiedades, como ecos del «imperio de la dinamita» de los anarquistas europeos.

En cuanto respecta al trabajo realizado por los diplomáticos mexicanos en lo referente a los asuntos relativos a una Cuba independiente, hay dos aspectos a destacar. Resulta de notable interés la información acopiada a pesar de su parcialidad, puesto que el contacto con los insurrectos y sus representaciones en el exterior fue muy limitado y pasivo. Esa proporción inversa entre la atención y las iniciativas se reproduce en la gestión diplomática. A pesar del fuerte interés que representaba Cuba para México, el nivel de promoción de él también fue muy bajo, expectante, de aprovecha-

miento de resquicios. Hasta hoy no hemos hallado muchas muestras de emprender acciones salvo los sondeos tímidos de 1896. Esas fueron las únicas instrucciones cautelosas que se adelantaron. Cautela extrema condicionada a mi parecer por las precauciones internas excesivas en acelerada insistencia frente a una perspectiva externa, a largo plazo, de previsión.

Desde luego, muchas cosas no se confían al papel en materia de conversaciones diplomáticas. Y por más indicios que puedan verse entrelíneas o en la correspondencia íntima, como la cursada entre Matías Romero y sus amigos que hemos consultado, lo visto nos aconseja prudencia en nuestras conclusiones. No obstante, es posible observar un sentimiento fatalista con respecto al destino de Cuba, que permea la observación del problema con un sentido acentuadamente geopolítico, en la acepción más primitiva del concepto. Este sesgo parte de una imagen esquemática de las fuerzas en Cuba que eran proclives a la subordinación a Estados Unidos y muy temerosa de aquellos que le podían colocar un valladar que atenuase sus efectos expansionistas, por lo cual las mediaciones prejuiciosas de ideología, de clase, raza y paradigmas culturales ejercieron, a mi ver, una influencia negativa en los círculos dominantes de América Latina. Aunque es bueno aclarar que en esos mismos círculos de poder no había unanimidad y se dividían las opiniones. En México primó la de una neutralidad oficial que se tradujo en los hechos como obstrucción a la independencia de Cuba, como bien observó Ireneo Paz desde *La Patria*:

«Supongamos, sin embargo, que los gobiernos de América, por un acto suprema deferencia hacia España, permitan que ese ejército continúe matando mujeres y niños, sin tener que respetar las leyes de la guerra, ¿cuáles son, en este caso, los deberes de nuestro Gobierno, y cuál es la condición respectiva de los españoles y de los cubanos que se acogen a la hospitalidad de México? En este caso, ya lo hemos dicho, *no hay neutralidad*, pues sólo uno de los contendientes es beligerante: México ignora la insurrección de Cuba. España (el Gobierno, no los particulares), es libre para comprar armamentos y para exportarlos por los puertos de la República, mientras que si tales exportaciones las hicieran los cubanos, se considerarían como contrabando de guerra».

El general Antonio Maceo, tomando en consideración las expectativas paralizantes de la guerra anterior, ilusiones fallidas sobre todo con respecto a un posible reconocimiento por parte de Estados Unidos, dijo a los cubanos que debían confiar más en las armas que en los recursos de la diplomacia. Lo expresado provocó comentarios en ciertos círculos.

Este pensamiento y sentir de quienes estaban en el mando real no fue debidamente apreciado —y quizás ni considerado— por las repúblicas lati-